REFLEXIONES SOBRE LA PAZ INSPIRADAS EN LA OBRA DEL POETA CESARENSE JUAN MANUEL BARRERA

Por Lácides Martínez Ávila

En el siglo antepasado --me refiero, desde luego, al siglo XIX--, tuvo lugar, en lo que hoy es el departamento del Cesar, el nacimiento y muerte de un extraordinario poeta, cuyo reconocimiento y justipreciación estamos en mora de hacer, y que tuvo el acierto, coincidencial o premonitorio tal vez, de dedicar gran parte de su valiosa obra a exaltar el tema de la paz. Digo coincidencial o premonitorio, porque de todos es sabido que hoy por hoy nuestra querida tierra cesarense ya no es aquel remanso de paz que en otro tiempo fuera, cuando los únicos brotes de violencia que se suscitaban eran las esporádicas incursiones de los indios motilones en los poblados de las estribaciones de la serranía, y una que otra riña entre vecinos, dirimida generalmente a puñetazos que no dejaban huella alguna en el alma ni en los corazones de sus protagonistas.

El poeta de que hablo es Juan Manuel Barrera, quien, además de poeta, fue periodista, parlamentario, abogado y coronel del ejército colombiano. Nació en Chiriguaná el 3 de abril de 1828 y murió en Río de Oro en el mes de junio de 1888. Sus estudios primarios y secundarios los cursó en el Colegio Pinillos de Mompós, donde obtuvo el título de Bachiller en Filosofía y Letras. Al egresar de allí, comenzó a caminar solo hasta ingresar al ejército y, posteriormente, a la universidad, en la que se graduó de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas.

Llegó a ocupar diversos cargos públicos, entre ellos, el de vicerrector de la Universidad del Magdalena, inspector y miembro de la Corporación Municipal de Santa Marta, secretario y alcalde de esa misma ciudad, diputado, senador, ministro plenipotenciario y jefe militar del Estado Soberano del Magdalena.

Fue colaborador de varias publicaciones regionales y nacionales, entre las que figuran: "El Mercurio", "El Clamor Popular", "La Paz", "El Eco de la Juventud", "El Tren", "El Magdalena', "La Gaceta Mercantil" y "El 11 de Diciembre".

Los libros que de él se conocen son: "*El álbum de mis versos*", "*Las glorias de la patria*", "*Nomenclátor autógrafo colombiano"*, "*Historia de la Biblia*" y "*Rosa e Inés*". Además, tradujo "*El ángel desterrado*", de Beranger, lo cual evidencia dos cosas: la primera, obviamente, su manejo y dominio de la lengua gala, y la segunda, su manifiesto interés por los asuntos del pueblo, pues sabido es que la poesía de Beranger tiene un carácter eminentemente populista, al encarnar los sentimientos que albergaba la mayoría del pueblo francés en la primera mitad del siglo XIX y expresar una abierta simpatía por los desdichados.

Precisamente, una de las facetas más destacadas de Juan Manuel Barrera la constituyen su profundo nacionalismo y amor patrio, y su comprobada sensibilidad por los problemas y necesidades sociales, atributos que lo definen como un verdadero sociohumanista. Fue, digámoslo así, un excelso poeta y un militar de alto rango alineado en las filas del pueblo raso e identificado con sus aspiraciones e ideales. Así lo atestigua la orientación claramente popular de la mayoría de las publicaciones en que colaboró con sus artículos.

Otro mérito notable de nuestro bardo es el que le confiere su condición de historiador nacional, uno de los primeros de la época republicana. Al respecto, me he permitido transcribir lo expresado por el polígrafo bolivarense Abel Ávila en su obra "El pensamiento costeño; diccionario de escritores":

"*Muchos afirman que Juan Manuel Barrera es uno de los artífices del conocimiento histórico de Colombia; que su trabajo marca un hito, como paso inicial, para construir la historia patria. **"Las glorias de la patria"**, como exégesis a héroes, señala una especie de derrotero sazonado con picaresca y prosa poética. La historia vivida y narrada por el autor pone de manifiesto la veracidad de la documentación, y de allí, su validez para ampliar y modernizar el criterio histórico que usó el poeta*".

El siglo en que le tocó vivir fue un siglo de frecuentes convulsiones sociopolíticas en nuestro país, donde, por lo menos, cada diez o quince años se producía un suceso violento de alcance nacional, cuya mayoría tuvo lugar durante la vida de Juan Manuel Barrera. Así tenemos que, cuando éste contaba con la edad de doce años, estalló la llamada Guerra de los Supremos; más tarde, en 1854, tuvo lugar el golpe militar de José María Melo a José María Obando; después, en 1860, aconteció la revolución encabezada por Tomás Cipriano de Mosquera contra Mariano Ospina Rodríguez; posteriormente ocurrió la Guerra del 76 o insurrección de los estados federales conservadores contra el gobierno central de Aquileo Parra, y, por último, la guerra del 85, postrer intento del radicalismo liberal por derrocar a Rafael Núñez y retomar las riendas del poder. Todos estos acontecimientos debieron de influir sin duda en el carácter y el perfil del poeta.

Veamos una muestra representativa de la obra poética de Juan Manuel Barrera: su excelente poema "*A Remigio*", una composición de estilo lírico en la que concurren elementos del romanticismo reinante y del incipiente modernismo:

Yo no quiero encontrarme en los combates
en que el bronco cañón estrepitoso,
vomitando la muerte destructora
con horrísonos sones espantosos,
con bombas y metrallas infernales,
y del fusil el plomo presuroso,
los hilos cortan de apreciadas vidas
y tornan en inválidos mil otros.
Necios humanos que la vida exponen
por insaciables fines caprichosos;
de tajantes espadas el encuentro
yo no quiero escuchar, ni el horroroso
triquitraque de agudas bayonetas
que la muerte doquier siembran y el lloro;
del bélico instrumento oír no quiero
las marchas y los toques pavorosos,
ni quiero ver al vencedor soldado
recogiendo los míseros despojos...
Colócame, ¡oh amigo!, en otras lides
en que no haya instrumentos horrorosos,
y ponme de enemigo a una hermosa

de pelo de azabache, si no de oro;
de una tez suave de carmín y lirio;
negros, brillantes, seductores ojos
que con una mirada solamente,
no digo que avasalle, ¡vuelva loco!;
de un andar elegante; pie pulido;
turgente seno; talle esbelto, airoso…
Entonces me verás luchar ardiente;
verásme combatir con noble arrojo
hasta apurar los medios del ataque,
o ceñirme de lauro victorioso.

Como se puede apreciar, el poema refleja, por un lado, la vocación pacifista del autor, y, por otro, un elemento que ha sido consustancial y propio de la producción artística, musical y literaria de esta región del país: la exaltación apasionada de la mujer como fuente de inspiración.

En lo referente a la paz, que es el aspecto que conviene a los fines de la presente exposición, llama poderosamente la atención en Juan Manuel Barrera, y es cosa que lo enaltece aún más, el hecho de que, siendo él portador de una formación castrense, tuviera a la vez una profunda vocación pacifista, corno lo denota no sólo éste sino la mayor parte de sus poemas. Ello nos confirma una cosa: que la paz la deseamos todos, incluso los combatientes mismos, y me atrevería a decir que ellos quizás más que nadie, por paradójico que pueda parecer.

También nos corroboran estos versos que el anhelo de paz, aparte de ser un sentimiento universal constante de la humanidad, constituye en nuestro país una aspiración particularmente perentoria, que no es nueva ni mucho menos, sino que nos ha acompañado a lo largo de nuestra historia una historia que, para nuestro infortunio, siempre ha estado plagada de violencia.

Corresponderá a esta generación de principios de milenio asumir el formidable reto de alterar esa oprobiosa constante de nuestra historia patria, y esforzarse en enrumbar el país por la senda de la concordia y la armonía. Para ello, deberá deponer todo sentimiento de egoísmo, de odio y de rencor, con vistas a edificar una sociedad más justa y solidaria, donde quepamos todos, ricos y pobres, blancos y negros, citadinos y campesinos, bonitos y feos, en fin, toda la diversa gama de gentes que tenemos el desaprovechado privilegio de haber nacido en este bien dotado territorio.

A nuestro juicio, es un hecho irrebatible que todos los colombianos, sin excepción, ansiamos fervorosamente la paz, como ya quedó dicho. Aun aquellos que no dan muestras visibles de quererla, sino de todo lo contrario, sin duda alguna allá en lo más hondo de sus corazones echan de menos un estado de tranquilidad y sosiego que les permita disfrutar de todo lo bueno y lo bello que el mundo les ofrece. Píndaro, el célebre poeta griego, solía decir:

"*La guerra sólo es grata a los inexpertos; pero quien la experimentó, si estallase, le sería en su intimidad de sobremanera aborrecible*".

El problema de la paz en Colombia es que no hemos encontrado cómo lograrla, o no hemos sabido ponemos de acuerdo en ello. Mientras unos escogen una vía para mejorar, según su criterio, el país, otros escogen otra, y, así, esta misma divergencia lo que hace es alimentar la discordia.

En este sentido, es fácil advertir, a lo largo de la obra de Juan Manuel Barrera, un elevado grado de misticismo, que constituye una especie de telón de fondo de sus distintos planteamientos, entre ellos, por supuesto, el de la paz. Ello explica el que las ideas que a continuación paso a exponer encajen adecuadamente dentro del pensamiento religioso, ético y social de este magnífico poeta cesarense.

Cuando dos individuos o dos bandos están en conflicto y surge entre ellos la feliz idea de hacer las paces, el primero de los cuidados que cada una de las partes debe tener es, a nuestro juicio, no dejar de lado a ese Ser Supremo que llamamos Dios.

No quisiera contrariar a nadie en este punto, ni mucho menos entrar en polémica con quienes piensan de otra manera, pues no comparto ni jamás he compartido la pretensión de imponer a los demás el punto de vista propio. Pero sí tengo por un deber el expresar lo que considero una verdad universal: que aquel que cree en un Ente Superior como instancia última de la existencia, al cual habremos de llegar sólo por el camino del bien, es seguro que los ideales que se fije en la vida descansarán sobre bases más sólidas y, por ende, su voluntad de lucha por alcanzarlos será mucho mayor y duradera que la del individuo que carece de tal fe. Y esto, independientemente de que sea verdad o no que Dios existe. De ahí que alguien se aventurase a decir que si Dios no existiera habría que inventarlo.

Yo, particularmente, no creo que Dios sea una invención del hombre, ni mucho menos, aunque lo concibo con un criterio filosófico y teosófico, más que religioso. Por eso, no dudo en afirmar que, al acometer una gran empresa, como es la consecución de la paz, lo primero que debería hacer cada una de las partes es invocar la infinita sabiduría de Dios en su calidad de Juez Máximo del universo, más aún cuanto que en el transcurso de los diálogos de paz habrá momentos en que surgirán posiciones contrarias radicales de parte y parte, cuya contradicción, para poder ser superada, convendrá analizarse a la luz de la sabiduría y la justicia divinas.
Acudir, con verdadera fe, de parte y parte, a la intermediación divina, dará, a no dudarlo, frutos agradables tarde o temprano. Sólo se requiere de fe y paciencia. Es un error del hombre confiar sólo en su humana capacidad y cifrar todas sus esperanzas únicamente en el aspecto material de la existencia.

"*Nuestro llamado progreso, nuestro aparente movimiento ascendente hacia la perfección --dice el filósofo místico inglés Paul Brunton en su libro* ***Un mensaje desde Arunachala****--, está demostrando ser sólo un camino parcial y, por lo tanto, ilusorio (...). Todo cuanto nos rodea atestigua a gritos nuestro error al haber despojado a la vida de su corazón espiritual. Avanzamos hacia un callejón cerrado. La Naturaleza, traicionada, vuelca su venganza sobre nosotros. Toda conquista en la vida material es pagada por el hombre al elevado precio de perder su visión espiritual y las facultades psíquicas. (...) Cientos de remedios se han ensayado para curar a nuestra decrépita civilización, desde las furiosas revoluciones hasta las dictaduras totales; pero la enfermedad desafía toda clase de remedios, salvo aquellos que se basan en el reconocimiento de los valores espirituales. Una enfermedad espiritual necesita un*

remedio igualmente espiritual. Ha desaparecido la visión de Dios en el hombre, visión que hizo surgir a los grandes líderes del pasado, y realizar sus fabulosas hazañas que la historia todavía recuerda. A menos que dicha visión resurja, todo cuanto hagamos resultará dolorosamente inútil. Solamente aquellos hombres capaces de restablecer la visión de Dios en el mundo, poseen el remedio que curaría a nuestra civilización. (...). La tarea de espiritualizar nuestros valores, la obra de apuntalamiento de nuestra civilización con materiales divinos, se justificará plenamente cuando haya transcurrido el tiempo necesario. (...) El hombre no puede subsistir si carece de vida superior…"

Ante todo, las partes en conflicto deberán invocar a la Divinidad que cada uno, sépalo o no, alberga en su interior, para que Ella le permita, como condición preliminar, alcanzar una transformación interna, sin la cual nunca será posible lograr la verdadera paz externa. Esta transformación interna deberá contemplar, fundamentalmente, el desarraigo de la codicia, que, según enseña el sabio indio Jiddu Krishnamurti en su libro *Krishnamurti ante un mundo en crisis*, es, en una u otra forma, siempre la causa del antagonismo, del odio nacional y de las brutalidades sutiles.

"*No puede haber paz o felicidad en el mundo --dice textualmente este filósofo oriental--, a menos que nosotros, corno individuos, cultivemos la sabiduría que da por resultado la serenidad. Muchos piensan que sin considerar su propia naturaleza interna, su propia claridad de propósito, su propia comprensión creadora, alterando en cierta medida las condiciones externas, pueden producir paz en el mundo. Esto es, esperan tener fraternidad en el mundo aun cuando en su interior estén atormentados por el odio, por la envidia, por la ambición, etc. Que esta paz no puede existir a menos que el individuo, que es el mundo, efectúe un cambio radical dentro de sí mismo, es obvio para quienes piensan profundamente*".

En segundo lugar, además de apelar a la intermediación divina, lo que las partes dialogantes deben hacer es despojarse de todo sentimiento o actitud de doblez e hipocresía, es decir, sincerarse totalmente, porque suele suceder que la mayoría de las veces en que un proceso de paz fracasa, se debe a que cada una de la partes ha llegado a la mesa de negociación no con la veraz intención de dar y sacrificarse en aras de la concordia perdida, sino con el velado propósito de sacar provecho y salir de allí en posición ventajosa sobre la otra parte.

Si cada batido litigante llegara a la mesa de negociación con la sincera intención de dar, más que de recibir, consciente de que cualquier sacrificio en favor de la paz, por grande que sea, siempre resultará menos gravoso que la guerra, entonces el éxito del proceso de paz estaría garantizado de antemano. A este respecto, dijo Erasmo de Rotterdam que se debe comprar la paz a cualquier precio, ya que los costos de la guerra siempre son mayores que el sacrificio que se haga para evitarla o acabarla.

Un tercer requisito o condición para que un proceso de paz fructifique es el espíritu de justicia con que cada parte debe emprender la negociación, pues no hay duda de que la paz es consecuencia de la justicia, como la misma Biblia lo dice. Cuando se trata de conflictos sociales, como es el caso colombiano, resulta evidente que no podrá haber paz si no hay justicia social.

La paz hay que concebirla, respecto de la justicia social, tal como concibió Séneca el placer respecto de la virtud. Para este filósofo, el placer era simplemente un bien

sobrevenido, es decir, algo que no se puede querer ni buscar directamente, sino que acompaña a la realización plena de otra actividad, como las flores que crecen en un campo de trigo y lo embellecen por añadidura, sin haberlas sembrado ni buscado; otro fue, en tal caso, el propósito del labrador --obtener una buena cosecha--, siendo las flores productos accidentales.

Igual cosa ocurre con la justicia social y la paz. La justicia social es, como la virtud, un bien apetecible por sí mismo, y la paz, como el placer, un resultado concomitante. En el símil de Séneca, la justicia social equivaldría al cultivo de trigo, y la paz, a las flores que lo embellecen, de donde se concluye que, si se quiere alcanzar la paz, el objetivo principal que hay que trazarse es la justicia social; una vez alcanzada ésta, la paz llegará por añadidura.

Por último, cada uno de los antagonistas debe adoptar el propósito de atreverse a dar el primer paso hacia la paz. El filósofo español Juan Luis Vives escribió, en este sentido, que si hay algo que honre y realce a un combatiente es su actitud de adelantarse espontáneamente a pedir la paz primero, sin esperar a que su adversario lo haga, y agregó que el único obstáculo para la paz del mundo es la falta de decisión de las partes en contienda.

Todas las ideas aquí expuestas concuerdan, a nuestro modo de ver, con la línea de pensamiento que caracteriza la obra poética de nuestro insigne coterráneo Juan Manuel Barrera en lo que respecta a su concepción de la paz, que hoy, más que nunca, cobra especialísima vigencia, dada la compleja situación sociopolítica por la que atraviesa nuestra sociedad.

Ojalá los historiadores de la literatura colombiana se dieran a la plausible tarea de escudriñar y estudiar con mayor profundidad la obra de este gran poeta cesarense, injustamente olvidado y desdeñado por la crítica literaria.